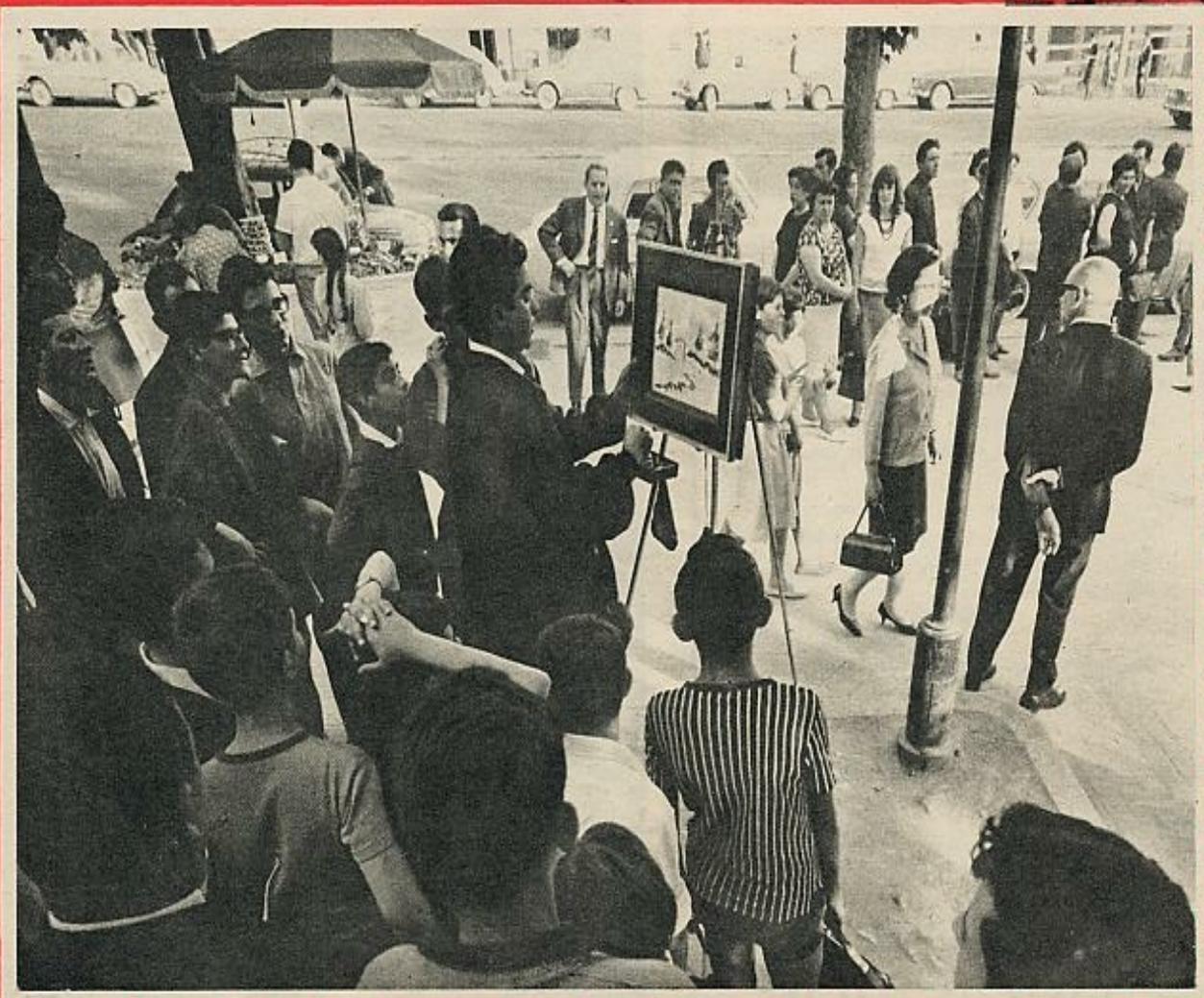


PLAZA DE ESPAÑA

NUEVA ENCRUCIJADA DE MADRID

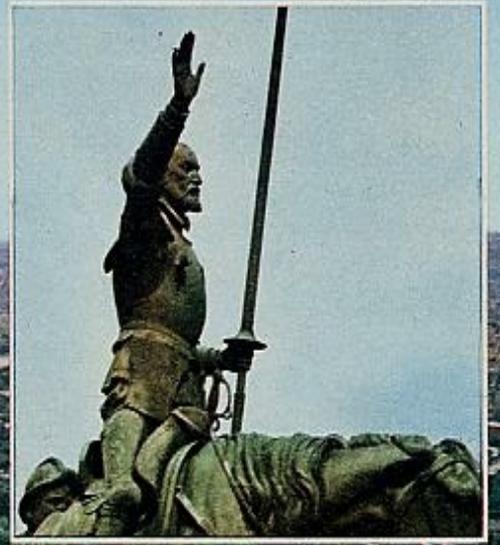
Madrid crece. Y lo hace anárquicamente. Su aspiración a convertirse en una gran ciudad con todo lo que ello implica, a perder el aire de población que ha tenido durante años y que no ha dejado de ser uno de sus encantos, se va consiguiendo con duro esfuerzo. Expresión máxima del centralismo español, la ciudad ha vivido obsesa por este concepto. El *centro* ha sido algo de lo que ha dependido la vida de Madrid, lo mismo que de Madrid, centro de España, depende la vida nacional. La Puerta del Sol y sus alrededores, y luego la Gran Vía, parecieron durante mucho tiempo los únicos lugares que se podían frecuentar, en cuyas cercanías se podía vivir. Los medios de transporte partían del *centro*, las líneas de Metro coincidían en él, los comercios de categoría, las salas de espectáculos de primer orden no podían situarse en otra zona. Lo mismo ocurría con las oficinas, con los Bancos. El turista preguntaba, nada más llegar —y, en parte, aún lo sigue haciendo—, por la Puerta del Sol. Quizá esperaba encontrar un lugar maravilloso desde el punto de vista urbanis-

SIGUE



La plaza de España no es sólo un rectángulo de jardines con un enorme monumento en el centro. No es sólo un templo abierto a Cervantes y a Don Quijote. Es, sobre todo, una nueva encrucijada del nuevo Madrid; un universo de grandes contrastes: los rascacielos y la tasca, el turista poderoso y el pintor ambulante.

ESPAÑA

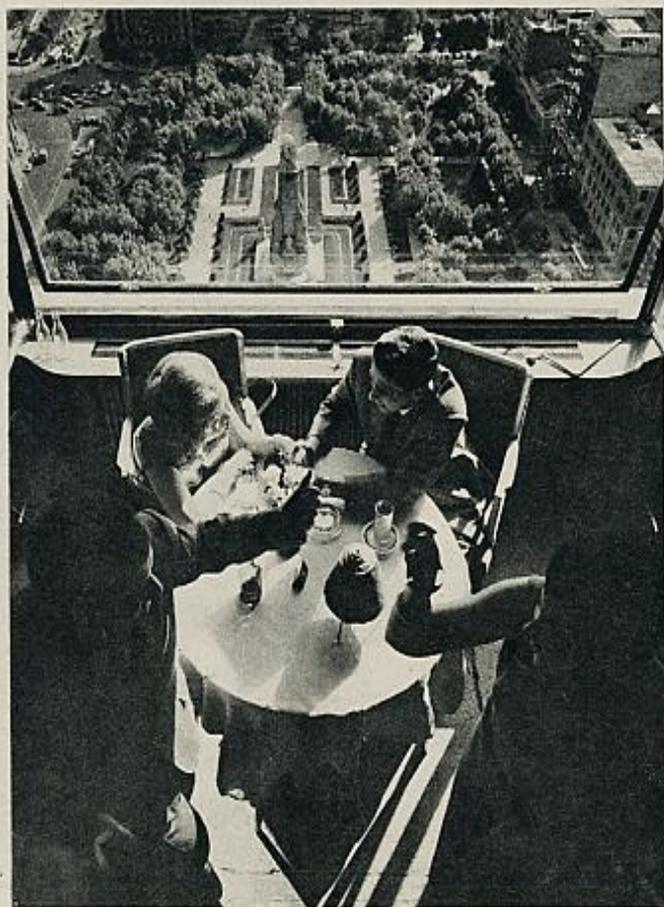




«Méjico-Europa» reza el cartel que lleva el lujoso «pullman» del que acaban de descerder los turistas de la fotografía superior. Están en la plaza de España. Abajo, unas mujeres y unos hombres, con sus cestas y maletas atadas con cordeles, se encaminan a la estación del Norte. Cruzan la plaza de España. Contraste vivo.



AL "PULLMAN" DE GRAN LUJO Y AL VAGON DE TERCERA



Lujosos hoteles en los rascacielos. Criados y botones. Restaurantes. Un mundo suntuoso que se vierte sobre la plaza de España, caracterizando una de sus vertientes y que, si es la que más impresiona, no llega a ser la más verdadera. Todavía quedan allí «casas de huéspedes» de cocido y colcha rameada.

tico, o, en defecto de ello, un centro comercial fabuloso, una sucesión de los mejores establecimientos, de las más modernas instalaciones. La decepción era —y es— inmediata. Urbanísticamente, la Puerta del Sol es algo destrialada. Y, vitalmente, es un lugar cada vez más fuera de órbita, que lo estaría quizá totalmente si no fuera porque en lo referente al planteamiento axial de los transportes las cosas apenas han cambiado. Junto a algunos —no demasiados— locales modernos, otros viejos que tienden a desaparecer y, sobre todo, viejas oficinas, decimonónicas, tradicionales, clásicas...

Luego vino la Gran Vía, que daba desahogo al dedalo de callejuelas que se entrecruzaban detrás de la Puerta del Sol, en todas direcciones. Pero el conde de Peñalver no tuvo la visión de Haussmann, a quien, si bien los motivos que le llevaron a ello resultan más bien lamentables, deben los parisinos la estructuración que actualmente presenta su ciudad, con sus amplias avenidas y su teoría de inmensos espacios abiertos. Y la Gran Vía pronto se quedó pequeña. Las calzadas no dan abasto al tráfico, en las aceras se aprietan los transeúntes. Pero si la Puerta del Sol acabó por ser abandonada, la Gran Vía se resiste a perder su carácter de arteria vital de la villa.

Es cierto que los barrios de Salamanca y Argüelles vinieron a descongestionar un tanto el centro, que, posteriormente, zonas residenciales, como la que se extiende en los alrededores de la prolongación de la Castellana, han supuesto un paso importante en lo que se refiere a la descentralización. Pero el madrileño sigue sintiendo la necesidad de ir al centro, de tener la oficina en el centro, de ir a bailar, o a cenar, o al espectáculo, al centro. El hecho de que en otras zonas haya tan buenos o mejores comercios, de que

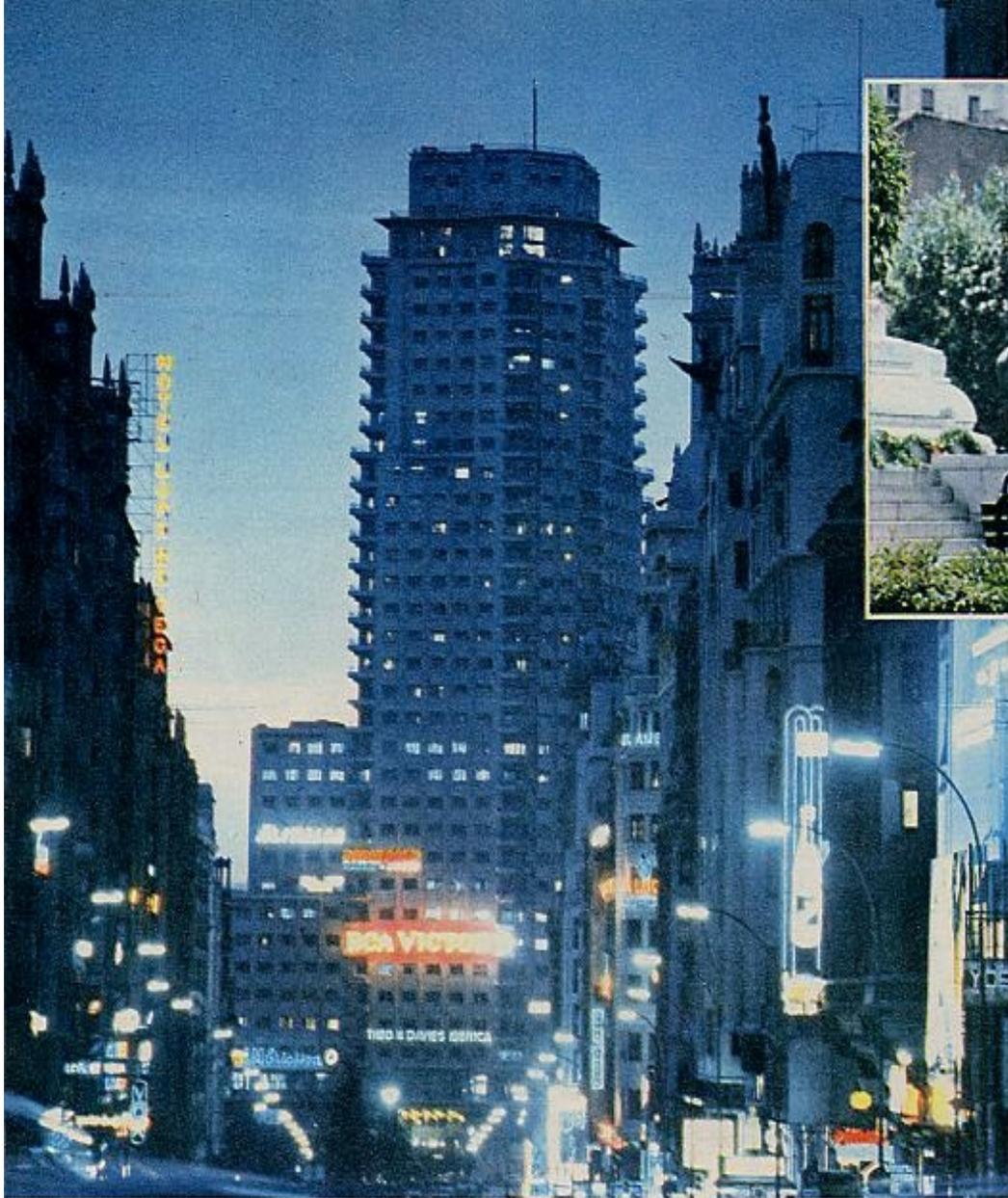
—sólo desde hace pocos años— se hayan construido locales de espectáculos de estreno en otras zonas de Madrid, no ha logrado desarraigar la costumbre. Y, después de la Puerta del Sol, después de la Gran Vía, Madrid se está creando un nuevo centro.

Se trata de la plaza de España. Hasta hace unos años, la enorme plaza que se encuentra al cabo del tercer tramo de la Gran Vía era poco menos que un descampado. Se hablaba de ella casi como se podía hablar de un lugar donde se iba de excursión, con tortilla de patatas. La «chepa» de la calle de la Princesa la hacía poco agradable para el tránsito, y las calles que la bordeaban ofrecían pocos atractivos. Luego, la desaparición de la «chepa» y, sobre todo, la construcción de los rascacielos —primero el Edificio España, después la Torre de Madrid— cambiaron totalmente su fisonomía. Las oficinas «modernas» corrieron a instalarse en los dos enormes inmuebles. Agencias de publicidad, compañías de aviación, representaciones de firmas extranjeras, los americanos... Se creó una especie de mito en este sentido. Determinados negocios «debían» tener su sede en la plaza de España, lo mismo que los Bancos «debían» estar en la calle de Alcalá. La industria hotelera fue de la misma opinión. Y mientras el Plaza se instalaba en el Edificio España, en la Torre se preparaban una serie de apartamentos para alquiler semanal, con toda clase de comodidades y servicios, frecuentados por los hombres de negocios cuyos desplazamientos exigían estancias prolongadas y, especialmente, por la gente de cine y de teatro: una Sofía Loren, un Luis Buñuel, un Alejandro Casona... Pero la plaza de España seguía estando un tanto fuera de la vida madrileña. Era un poco «cosa de turistas». Y se iba a bailar a la sala de fiestas instalada en la cima del Edificio

España, para que los amigos llegados de fuera admiraran las vistas de Madrid, o a tomar una copa en las cafeterías instaladas en los rascacielos, casi como curiosidad, porque se tenía un amigo que trabajaba allí en una extraña empresa, con unos extranjeros... Al margen de esta vida cosmopolita de la plaza de España, lo que puede considerarse propiamente la plaza, su zona ajardinada, seguía vuelta de espaldas a la evolución que se estaba planteando en sus orillas.

Allí venían las señoras mayores de las calles adyacentes a tomar el sol; las madres jóvenes a que lo tomaran sus retoños; los estudiantes de la Escuela de Comercio a tomar el bocadillo; los de San Bernardo —sólo de vez en cuando— por si «ligaban» con una guapa aspirante a perito mercantil. El comercio sofisticado del pasaje del Edificio España, las compañías aéreas con sus fachadas acristaladas y su actividad abarrotada coexistían con el pequeño comercio, el bar de los fritos y el tintorro y el modesto taller artesano de las restantes aceras. Las «camionetas», que llevaban a los barrios extremos del otro lado del río antes de que se abriese al público el Suburbano, eran sólo un medio de empalmar con el Metro.

Ahora las cosas están en vías de cambiar. La plaza de España se incorpora definitivamente a la vida de todos los días. De un modo anárquico, tan anárquico como el crecimiento de la ciudad, del que podría ser una especie de símbolo. Situada en la zona en la que Madrid, pocos metros más allá, se abre al campo por la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, en una zona que, periférica respecto al plano general, es absolutamente céntrica, la plaza de España tenía que terminar por ser adoptada sin reservas por los madrileños. A lo largo de las veinticuatro horas del día, por ella **SIGUE** desfilan millares de personas en función



Luces en el anochecer de los rascacielos de la plaza. ¿Nueva York? Sencillamente, Madrid. Empez a una nueva etapa de la vida diaria. Pero el amor, que carece de horario, puede surgir a cualquier hora. Por ejemplo, a media mañana y en las mismas barbas de la estatua de Don Quijote.

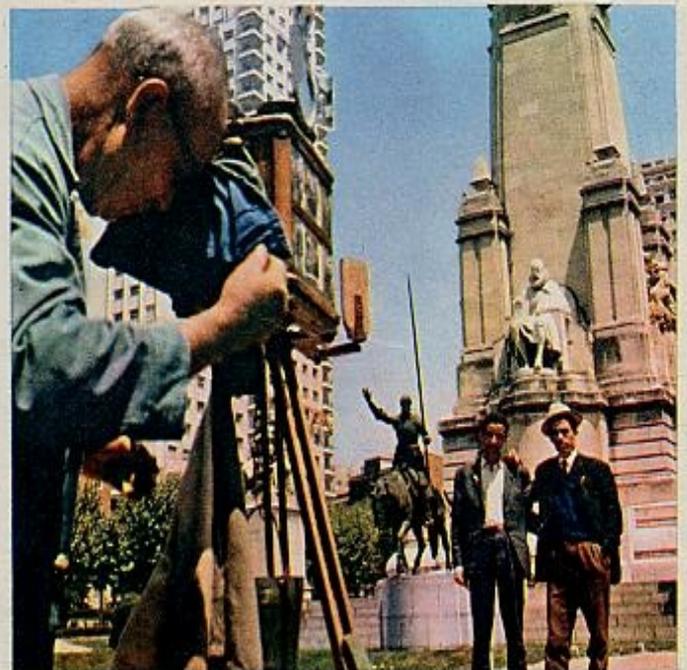
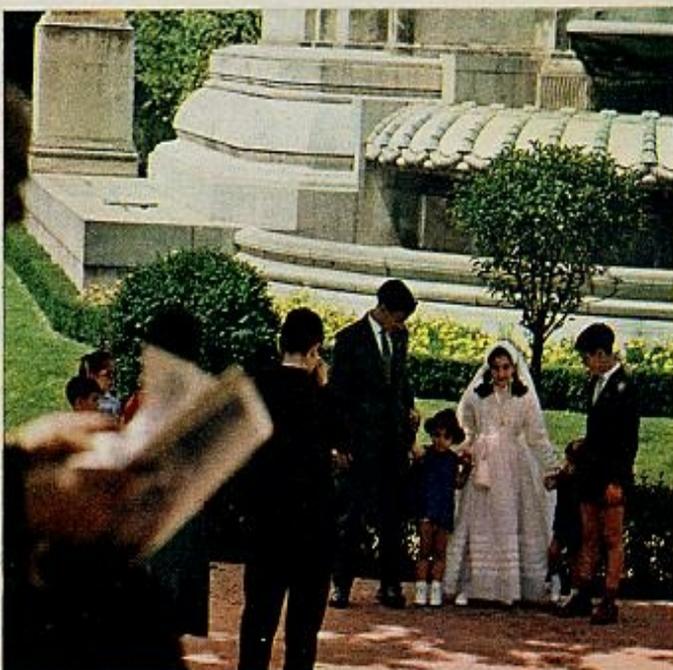
En el invierno no se puede decir que apetezca sentarse en la plaza de España. Pero en verano es otra cosa. Las terrazas se llenan de público, a la sombra de los castaños. Van y vienen los camareros, sirviendo, y los jóvenes vendedores del «rico parisién», pregonando



PLAZA DE ESPAÑA



Está amaneciendo y el servicio de limpieza actúa. Se refresca la tierra y se riegan las plantas. Es la «toilette» de la plaza de España. Pronto, su ámbito será invadido por la bulliciosa multitud. Y entonces será la hora del fotógrafo ambulante, que retrata emigrantes argelinos, y la de la foto de primera comunión.





También esto sucede en la plaza de España: arriba, el desvencijado y maloliente carro de la basura bajo las señales del turismo; abajo, las señoras se han sentado para descansar, descalzándose, mientras la abuela, con el pantaloncito en la mano, se muestra atenta a las necesidades del nietecito, que...



de actividades diferentes. Para muchos viajeros es ahora la única imagen de Madrid, la que sustituye en el tópic del recuerdo a la tradicional de la Cibeles. Hombres del Sur que abandonan sus localidades en busca de trabajo fuera de las fronteras, se llevan como último recuerdo el del monumento a Cervantes, recortado sobre los rascacielos, atrapado al vuelo en una escapada entre tren y tren, cuesta de San Vicente arriba. Argelinos que vuelven de Francia de regreso a su tierra, o que la dejan para ir a ganar unos francos a la antigua metrópoli, hacen la misma ruta y se llevan una foto ante las esculturas de Coullaut Valera, «souvenir de l'Espagne».

Por la mañana, a primera hora, la frecuente un público de paso. Algún obrero, camino del trabajo, se toma una copa de «suave» en los bares de la acera derecha, según se mira de frente al monumento; la mayoría continúa su camino. A las diez empieza el desfile en los pasajes de los rascacielos. Los empleados bajan a desayunar, a charlar unos minutos. Antes, a las nueve, los autocares han recogido a los turistas frente al Edificio España —Madrid, Valle de los Caldos, Escorial— y luego, ya, durante la mañana, el movimiento no decaerá. El público tradicional, «el de siempre», se mezcla con los turistas que se han quedado en Madrid y que se hacen retratar por los fotógrafos ambulantes, también tradicionales y «de siempre», aunque lleven en bandolera el último grito en máquinas fotográficas o incluso tomavistas. Sólo a la hora de comer la plaza se vacía. El pintor callejero lía sus bártulos, las floristas se van con sus claveles invendidos a otra parte, el público burgués se va a comer a casa y durante una hora, quizá dos, los puestos cesan su ininterrumpida venta de refrescos y es la calma. Es la única hora en que los taxis que se alinean en la parada permanecen unos momentos sin ser asaltados. En seguida, el movimiento recomienza. Los que vuelven a trabajar toman un café rápidamente. Y la invasión retorna. Ahora empiezan a caer parejas, cuyo ritmo aumentará a medida que el sol se pone. Los pudientes suben a bailar a la Parrilla, otros se conforman con una caña o una horchata, que se hace durar. A partir de determinado momento, es imposible encontrar una mesa libre. Las salas de espectáculos adyacentes —Coliseum, teatro Valle Inclán, cine La Torre— no han sido suficientes para absorber a todos los fieles de la plaza. El comercio, por otra parte, hace venir más gente. Ya no está sólo en el pasaje. Se ha echado a la calle. En la acera de Ferraz, todos los comercios son nuevos. Hay incluso una sala de exposiciones prestigiosa. Cuando anochece, los anuncios luminosos se encienden y el oasis de verdor que supone la plaza contrasta con las moles de los rascacielos, en los que las ventanas encendidas dan testimonio de que se sigue trabajando. A la salida de los cines, los que tienen suerte y logran una mesa —esas mesas que dejan libres las parejas, en las que la chica tiene que estar en casa «a las diez sin falta»—, hacen el relevo. Y luego, de nuevo, el vacío de la hora de la cena. Para volver, en cuanto empieza a apretar el calor, a la animación. Animación que estos días cuenta con un elemento suplementario, el de las ríadas de gente que va y viene a la Feria del Campo. Y que los días de fiesta y sus vísperas, se ve incrementada por ese turismo menor de los que van a pasar el fin de semana a la sierra, ya que los coches salen de allí.

La plaza de España no es ya, pues, un lugar desajado de la ciudad. Si el turista no deja de pasar por ella —entre otras cosas allí está la Oficina de Turismo—, el medievo la va haciendo suya. Nuevos edificios la van jalando: la Banca se dispone a hacer acto de presencia. Los solares que quedan —cosa inexplicable si no es en función de la especulación inmobiliaria— van desapareciendo. Los bares se modernizan, sin perjuicio de que al lado de la Torre siga existiendo un oscuro callejón, y si la plaza va perdiendo en casticismo, lo mismo que el resto de la ciudad, no hay duda de que va ganando en categoría y de que se va poniendo al ritmo del día, en un afán de llenar esa necesidad de los habitantes de Madrid de —valga la paradoja— descentralizar el centro.

Texto: CESAR SANTOS FONTENLA
Fotos: SANCHEZ MARTINEZ



Un rascacielos supone tanto como una ciudad. Centenares de personas trabajan en él. Es una colmena laboriosa. Ahora ha terminado la jornada y los empleados regresan a sus hogares. Tienen prisa. Los que no la tienen son los viejecitos, ya jubilados, que toman el sol —o la sombra— en la plaza de España.

